

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	10 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion.	15 reales
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

En esta semana quedará á la venta en las principales librerías

EL ALMANAQUE CÓMICO

DE GIL BLAS.

y se servirán los pedidos de provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

De todas las cuestiones palpitantes, que no son pocas, ninguna tiene la importancia que la cuestion económica. No sé hasta qué punto se pueda penetrar impunemente en el seno de la familia.

Considerado el seno como el punto más secreto ó más reservado, se necesita la agilidad y tacto de un redactor de *La Época* para no levantar una protesta en el ánimo más confiado.

¡El seno de la familia!

¡Válgame Dios, y qué de apóstrofes morales se me ocurren en este instante!

Toda familia, considerada en su estado económico, tiene un cocinero responsable (ó cocinera: el sexo no cambia la esencia.)

Ser eminentemente lógico, el cocinero no hace cosa alguna que no tenga inmediata aplicacion al estómago.

El hombre, en el pleno uso de sus facultades, entra en el mundo con esta bandera: *vivir*.

El cocinero, en el apogeo de su gloria, entra en la cocina con este estandarte: *comer*.

Si Vds. se paran un poco á meditar la importancia de estas dos banderas, convendrán conmigo en que la primera es una vulgaridad.

¡Vivir! ¿Qué quiere decir vivir? Traducido al buen lenguaje, es lo mismo que decir: siga la danza, adelante con los faroles, ó échese Vd. el alma á la espalda.

Pero ¡comer! Esta es la cuestion.

Para vivir cualquier cosa es buena; para comer... es necesario ir á la plaza.

Y aquí empieza la dificultad.

«Se gasta mucho,» dice el rico; «¡si yo pudiera gastar!» exclama el pobre.

Hágame Vd. el favor de atar estas dos opiniones.

Todas las grandes empresas, todos los elevados pensamientos vienen á dar en la cocina.

Todas las catástrofes tienen en el teatro algo poético... Las aficciones de una familia tienen una hora de descanso: la hora de comer. Pero ¡ay de aquella familia que dice: «En esta casa no se ha encendido el fogón!»

La oscuridad de este pensamiento es el único eclipse que no está en el Calendario.

Planteadas la cuestion en su verdadero terreno, penetremos de una vez en el seno de la familia.

El tirano puede ser un conde.

Un dia, despues de afeitarse, llama el conde á la condesa, y le dice:

—Esposa mia, los tiempos están malos. Mis asuntos no marchan bien, y es necesario un arreglo prudente. De los ocho duros que te daba todos los dias para el gasto de casa, hay que hacer desde hoy una rebaja. Solo tendrás seis duros. (*Aparte.*) Los otros dos, para mis gastos particulares.

La condesa se retira pensativa, y poco despues llama al mayordomo.

—Señor Anselmo, le dice, desde hoy tiene Vd. que reducir el gasto de la casa á cinco duros. (*Aparte.*) El otro duro será para la modista.

El mayordomo va á la cocina, y dice:

—Á ver, desde hoy no tiene Vd. para la plaza más que cuatro duros. (*Aparte.*) El quinto es para *miquis*. El cocinero echa sus cuentas, y se pone á meditar, apoyados los codos en la mesa.

Entra una mujer con gallinas y pollos.

—Aquí traigo lo de costumbre, dice.

—¿Lo de costumbre? exclama el cocinero. Ayer pagué á Vd. diez reales por una gallina. Hoy daré siete.

—¿Y yo he de perder tres reales?

—¡Pues no, que los perderé yo!

La mujer de las gallinas vuelve al dia siguiente con una polla tísica que no vale una peseta.

El arreglo de la casa se ha llevado á efecto con el mayor orden.

Todos están muy satisfechos de su talento económico.

Pero llega la hora de comer...

Y... esta es la cuestion: *¿comer ó no comer!*

No se ha podido suprimir el palco abonado, ni el vestido nuevo, ni el coche, ni un criado, ni la doncella, ni el cocinero...

Todo queda en pié... ¡No ha cambiado más que la gallina!

Luis Rivera.

TEATROS.

¡Oh desesperacion! ¡oh rabia! empezar un artículo para el GIL BLAS, y no tener de quién maldecir! Imposible parece estando en España y hablando de teatros!

Sin embargo, tal es la horrible verdad: por más que miro á todas partes no encuentro á quien arrancar la piel. Compadeceadme, almas sensibles. Todo se conjura en mi daño: el teatro de Novedades ha dado en tener buenos actores, y el del Circo en tener buenos cantantes (ahí están Mata y Soriano que no me dejarán mentir;) en el Príncipe, Romea es aun el Romea de siempre, y Delgado no es ya el Delgado de antes; en los Bufos, Arderius luce su donaire y desenfado; y en la Zarzuela, Mario pierde su amaneramiento sin perder su gracia. — ¡Maldicion! hasta Casañer desempeña perfectamente sus papeles. A este paso, el dia menos pensado salen Escrich y Zumel escribiendo en castellano, y entonces ¡oh cielos! ¿qué vá á ser de mí?

Acatemos los designios de la Providencia y resignémonos al elogio; aunque la falta de costumbre nos haga caminar á tientas en esta senda desconocida.

¿Quién no sabe que el teatro del Circo ha celebrado el aniversario de Cervantes con una zarzuela de Cuevas? ¿Quién ignora que la pieza tiene por asunto *Las bodas de Camacho*? ¿Quién no conoce, á lo menos de oídas, los varapalos que han descargado sobre Cuevas los amigos de Cervantes, y sobre Cervantes los amigos de Cuevas? Unos han dicho que la zarzuela de Cuevas era un agravio á la novela de Cervantes; otros han propalado que la novela de Cervantes cobraba *nueva vida* con la zarzuela de Cuevas. Lo primero, es una simple suposicion; lo segundo, es una suposicion simple. Entre ambos extremos puede estar la verdad. La obra de Cuevas no tiene para qué dar vida al libro de Cervantes, que gracias á Dios goza de buena salud:—harto haria si se la diese al teatro del Circo, que la necesita un poco más.—Pero por otra parte, no es obra de araña presentar con mediano éxito en la escena las dos figuras tan magistralmente bosquejadas por Cervantes, y tan profundamente grabadas en la memoria del pueblo español. Si alguien lo duda, recuerde que en ese escollo se estrellaron Lope, Guillén de Castro y Melendez Valdés; que Ventura de la

Vega, con todo su talento dramático, y toda su pericia escénica, escogiendo el episodio más teatral de *El Ingenioso Hidalgo*, y calcando con sumo esmero el estilo de Cide Hamete, apenas consiguió escribir una comedia tolerable; y que dos años há un hombre de mucho talento, queriendo presentarnos á Sancho en *La Insula Barataria*, solo acertó á emborronar una pobre caricatura tan diferente del original que copiaba, cuanto no sabré yo encarecer.

La zarzuela de Cuevas está en el limbo que separa lo bueno de lo malo, y con ella la reputacion de su autor ni crece ni mengua. Una cosa singular se observa en *Las bodas de Camacho*; el poeta, que copia con bastante acierto las dos figuras más difíciles del cuadro, no da palotada en las de segundo término. Basilio es una sombra sin vida; Quiteria y Camacho, dos borrones sin dibujo ni color.—Lo mejor de la obra es el estilo: si el Sr. Cuevas supiera componer como sabe escribir, otro gallo le cantara.

Mientras el teatro del Circo cierra sus puertas, no sé si temporal ó definitivamente, abre las suyas el de la Zarzuela, y todo en él aparece renovado; las butacas son más cómodas, los adornos más elegantes, el telon más ligero. El lindo techo pintado por Plá presta luz y ambiente á la sala, que antes parecia como agobiada bajo el peso de las glorias nacionales colocadas sobre sus cornisas por el pincel de Castellanos. Las actuales figuras gravitan menos; ¡lástima que Lope y Calderon, desalojados del centro, se hayan refugiado en un ángulo, donde solo sirven para romper la armonía del cuadro y trastornar el equilibrio de la composicion! El pincel del Sr. Plá podria echarlos de allí en media hora; pero ya que han querido quedarse, ¿quién se atreve á despedirlos?

Para estrenar aquel teatro remozado, el Sr. Catalina escogió por padrinos á D. Francisco de Rojas y á D. Ramon de la Cruz: *Lo que son mujeres* y *La casa de Tácame-Roque* constituyen una funcion muy á propósito para presentar al público la nueva compañía, cuyo mérito principal consiste en tener á su frente dos grandes actrices.

La ejecucion fué tan esmerada como acertada la eleccion. El Sr. Catalina (uno de los pocos directores que saben con igual tino tributar reverente culto á los poetas antiguos y dispensar cordial acogida á los autores noveles) es maestro consumado en el arte de presentar una obra en escena. Nadie comprende mejor esta verdad tan sencilla como olvidada, que el drama debe hablar á los ojos ni más ni ménos que á los oídos. No será él quien adorne con cuatro sillas desvencijadas el gabinete de un banquero, ni quien cuelgue al cinto de Felipe II la espada de Felipe IV. Bajo su inteligente direccion desaparecen, segun el caso lo requiere, las perillas de los actores y los miriñaques de las actrices. En su teatro, las princesas arrastran seda y las fregatrices ensucian indiana; las damas de Calderon se encierran en las concavidades del guardainfante, y las petimetras de Moratin se envainan en la basquiña de medio paso. Un anacronismo en el mueblaje ó en el vestido le parece crimen de lesa historia, y por nada en el mundo tolerará el criminal consorcio de un bigote con una cofia ó de una cornucopia con un quinqué de petróleo.

No faltará quien califique de nimio este singular esmero, que tanto realza—sin ir más lejos—las dos obras representadas el miércoles. Yo, por mi parte, no concibo de otro modo la direccion de escena, y cuando, un mes há, ví en ese mismo teatro á Desdémona moribunda sobre un catre de hierro pintado, (lo confieso ingenuamente) no me cansaba de buscar la mesa de noche don-

de Otello debía guardar sin duda la petaca, el gorro de dormir y *La Correspondencia de España* (perdonen ustedes el pleonazgo).—Entre la propiedad y la impropiedad, no descubro término medio, y tanto me dá ver al Cid con la espada de Carlos V, como á Mitridates con la peluca de Luis XIV. El anacronismo será diferente: la impropiedad es la misma.

Federico Balart.

ELLA!

(Del album de un estudiante).

Ella es el ángel que adoro,
la esperanza que me alienta,
la madre que me alimenta,
el preceptor por quien lloro.

Ella á fuerza de desdenes,
me dá momentos fatales,
y es principio de mis males
cuando no fin de mis bienes.

Para mi martirio vive,
y yo sin ella no vivo,
me rife cuando no escribo,
me llama y no me recibe.

Igual techo nos cobija,
igual silla nos dá asiento,
yo estoy en su pensamiento
y ella en mi memoria fija.

Por ella con loco afán
trabajo mañana y noche,
por ella no tengo coche,
y por ella tengo pan.

Desde que la ví la amé,
y á la par la aborrecí,
y del día en que la ví
recuerdo eterno tendré.

Que no la olvide, me pide
la infeliz á cada instante,
y aunque la tengo delante
no hay nadie que más la olvide.

La hallé en el ancho sendero
de mi vida borrascosa,
y quedé de su alma hermosa
mi corazón prisionero.

De sus principios me habló,
que por buenos me vendía,
yo en sus principios creía
y sin ellos me dejó.

Todos mis secretos sabe,
todos mis vicios pregona,
y mi ajuar y mi persona
tiene debajo de llave.

Ella de mi bien se alegra,
y por servirme se afana,
siendo alguna vez mi hermana
y casi siempre mi suegra.

Por mi fortuna cumplida
á Dios ruega sin cesar,
y de fijo va á pasar
rogando toda su vida.

Pasmo de propios y extraños
del martirio la corona
la dieron los desengaños:
ella, en fin, es mi PATRONA
á quien no pago há seis años.

M. del Palacio.

EFFECTOS DE LA POPULARIDAD.

Es un hecho que la popularidad tiene en muchos casos graves inconvenientes, pero es preciso convenir que en otros muchos produce fabulosos efectos.

La mayor parte de los hombres que han legado su nombre y sus hechos á la posteridad, ó lo que es lo mismo, á la memoria de los pueblos, una de dos, ó han sido víctimas de sus sublimes esfuerzos en pró de la independencia, de la libertad, del progreso científico, del adelantamiento moral y social de la humanidad, ó han alcanzado la veneración mundana cuando ya el mundo con sus pompas y vanidades les ofrecía por todo tributo una lápida fúnebre, ó una corona de siemprevivas.

Recorred la historia.

Estudiad la necrología de los hombres que supieron vivir para la memoria de los demás, y hallareis, que casi todos cuantos más ó menos épicamente celebra la fama popular, han hecho el sacrificio cruento de su vida en el altar de la tradición.

¡Sábios! ¡hérosos! ¡guerreros! ¡patriotas! vuestros nombres corren de boca en boca, son admirados de gente en gente, respetados de todos, por todos venerados, pero (permittedme esta transición cómica), ¿no podríais exclamar desde vuestras tumbas: *si buena insula me dan, buenos azotes me cuesta?*

¡Galileo! ¡Franklin! ¡Leonidas! ¡Churruga! ¿á qué precio os aceptó la memoria humana?

Volvamos á nuestra tesis.

Dejemos sentado que la popularidad tiene en muchos casos graves inconvenientes, y probemos que en algunos otros produce sorprendentes efectos.

Por un privilegio de la naturaleza viven también en la memoria de los hombres algunas eminencias verdaderamente populares, á quienes es dado gozar en perfecto estado de salud y conservación los honores de su triunfo.

Ejemplo al canto.

Todos Vds. conocen á un génio, verdaderamente célebre, y celebrado con universal aplauso.

Muy pocos serán los que siquiera una sola vez no se hayan estremecido de placer al sentir las creaciones de este hombre prodigiosamente raro.

La Europa entera le admira, le colma de distinciones, coloca su efigie en el pedestal de la inmortalidad, escribe en el libro de la historia una página de oro con su biografía artística. Y este hombre presencia este culto, asiste á sus aniversarios, preside las ovaciones dedicadas á su nombre, vive como un monarca entre los monarcas, y por ser soberano en todo, lo es hasta por la excelencia de su condición y las seducciones de su carácter.

Este hombre, que ha llegado al apogeo de la celebridad y de la fortuna, es el Cisne de Pésaro, el inmortal viviente ROSSINI.

Hablemos ahora de nuestra casa.

Nace en un pueblo de Castilla la Vieja un hombre, en cuya frente de niño se adivinaba ya ese brillante destello, característico de la soberanía intelectual. Crece bajo el pesado yugo de una educación diametralmente contraria á sus instintos: rompe las ligaduras que le oprimen, y solo ya y en medio del camino que le traza su génio, aparece en Madrid, y se hace conocer de los primeros talentos en ocasión bien desconsoladora.

Al otro día, aquel hombre es señalado con el dedo; poco despues, aplaudido en la escena; más tarde, codiciado por editores y empresas; finalmente..... aquel hombre alcanza con justicia los honores de la popularidad.

Este hombre deleita á todos con sus dramas, arrebatada con sus cantos, fascina con sus leyendas.

¿Quién es este hombre?

El poeta de la fantasía, el que sabe imprimir á todas sus creaciones el sello de lo maravilloso, de lo grande, de lo indolente, de lo atrevido; el poeta de la tradición que sueña en la *Alhambra* y come garbanzos; que canta la fé y practica el escepticismo; que llora con *Boabdil el Chico*, y hace protagonista de *Las Páldoras de Salomon* al *Judío Errante*: el hombre que crea *El Capitan Montoya*, y *Margarita la Tornera*, y *Sancho Garcia*, y *Don Juan Tenorio*, y *El Alcalde Ronquillo*, etc., etc.

Este hombre es, en fin, Zorrilla, con todos sus mágicos delirios, y todas sus armoniosas estravagancias. Zorrilla, que hoy se encuentra de nuevo entre nosotros, y en quien vamos á estudiar los efectos de la popularidad para dar fin á este descalabrado articulejo.

¿Qué efectos tiene para Zorrilla la popularidad de que goza?

Séanos permitido figurármolos.

Imaginemos que Zorrilla se halla sentado delante de la mesa de su cuarto, y que el Sr. Cejudo (su secretario particular), le vá dando cuenta y razon de cada una de las cartas que á continuación inventamos:

«Sr. D. José Zorrilla:

Hemos sabido por *La Correspondencia de España*, que ha llegado Vd. á Madrid, y le suplicamos que como débil muestra de admiración á su talento, se digne admitir ese par de pantalones que adjuntos le remitimos.

Suyos apasionados,
Caracuel y Alcaide.»

Madrid, etc.

«Sr. D. José Zorrilla:

Anoche, en la tertulia del Sr. D. Dimas Semifusa, gran maestro al *cémbalo* y entusiasta admirador de las

artes y las letras, se acordó abrir una suscripción en favor de Vd., cuyo primer resultado tengo la honra de acompañarle adjunto.

Suyo devoué

Gerónimo Gonzalez.»

Son 230 rs.

«Sr. D. José Zorrilla:

Los sócios de *La Lira del Guadalete*, reunion lírico-artístico-cómico-literario-bailable, reunidos en sesión permanente desde la llegada de Vd. á Madrid, han acordado en este día ofrecer á Vd. una función de beneficio en su teatro. Para el mejor éxito de este pensamiento, se pondrá en escena el popular drama, de su pluma, *Don Juan Tenorio*.

Lo que tengo el honor de participarle, etc.

Por acuerdo de la junta general

El secretario honorario,

Mete sillas y saca bancos.»

«Sr. D. José Zorrilla:

Siendo mi establecimiento de chocolates, el único frecuentado por la buena sociedad de Madrid, espero que me dispense Vd. el honor de visitarme, donde tendrá el placer de ofrecerle una jícara con *mogicon* su atenta servidora y apasionada.

Doña Mariquita.»

Alcalá, 47, bajo.

«Sr. D. José Zorrilla:

El *Liceo Piquer*, cuyas paredes se han conmovido con los acentos de la Civil y de Rossi, espera que Vd. se dignará honrarle visitando su escena, en donde desde tiempo inmemorial llueven coronas y versos.

Por la comision,

Adelina Milflores.»

«Sr. D. José Zorrilla:

No tengo el honor de conocer á Vd. personalmente, pero como decidido apasionado suyo, voy á pedirle un favor. Soy propietario de una casa en la calle del Tri-bulete; casa que hace siete meses está desalquilada. Si usted ocupara uno de sus cuartos, yo seria feliz, porque la poblacion entera se disputaria el honor de alquilarla, y hasta el ayuntamiento me la compraria para perpetuar vuestra memoria. Hágame Vd. feliz, D. José, vieniéndose á habitarla.

Suyo amigo y casero,

Judas Embarga.»

Ahora bien; ¿tiene ó no tiene la popularidad sus sorprendentes efectos?

Eduardo Saco.

LAS PRIMERAS LLUVIAS.

CORO GENERAL DE MADRILEÑOS.

I.

La salida de casa.

—Ya son las ocho, Conchita, vamos al teatro. No olvides que he tomado las butacas á un revendedor, el cual me las ha hecho pagar á doble precio. La invención de los revendedores es cosa que me carga. Nunca puede uno tener el consuelo de decir á su mujer: «Mira, hija mia, no hay billetes. Yo quisiera complacerte..... pero imposible.» Ya se ve, siempre hay revendedores..... Pero el tiempo pasa y la comedia va á empezar. ¡Andando!

(Llegan á la puerta de la calle.)

—¡Hola! Caen algunas gotas..... Cogeré el paraguas.

—¿Sabes lo que digo, Pepe?

—Habla, ángel mio.

—Que nos vamos á mojar.

—Mujer, si esto pasará en seguida.....

—No, no, yo no salgo esta noche.....

—¡Cuando los dos billetes me han costado un ojo de la cara!

—Si pasara un coche.....

—Los coches no pasan cuando llueve.

—Pues no salgo, me pondria como una sopa..... ¡Va ya un modo de llover!

—Pero ven acá. ¿Y no llueve más en diciembre? ¿Y dejas por eso de salir?

—¡Ya! Entonces se halla una acostumbrada á la lluvia..... pero ahora..... ¡Ea, que no salgo, Pepe!.....



—¡ Señorito, el **GIL BLAS** á cuatro cuartos!
 —¡ Señorito, el **CASCABEL** á dos cuartos!
 —Este es mas barato... ¡pero es mas feo!

II.

Por la calle.

—Arremángate el vestio, Lola.
 —Mamá, si no puedo.
 —Mia que esto está hecho una perdicion y va á decir el maestro del Conservatorio que eres muy cochina pa el teatro.
 —¡Y qué quiere Vd. que haga, mamá?
 —Arrecógete algo la falda por detrás.... con la cola te vas llevando too el barro de la Puerta del Sol.... ¡Jesús y qué desaboria eres, chiquilla!
 —Pero si Vd. no sabe....
 —¿Qué he de saber yo, alma de cántaro?
 —Como yo ignoraba que lloviese me he venido con las zapatillas....
 —¡Arrastra! ¡Las zapatillas con que juega el gato de noche? Pues no te descubras.... si te viera el maestro del Conservatorio, de seguro te despedía, ¡y á Dios ajustete! ¡Tapa, hija, tápa!

III.

En los portales de la Plaza Mayor.

Don Gerónimo (solo, entre mucha gente).—¡Vaya un agüita! ¡Ya, ya! Salí sin paraguas y ahora espero en estos portales á que pase el chaparron.... El caso es que ya es la hora.... Me espera doña Ramona, viuda con seis mil duros de renta, para darme el dulce, el suspirado si.... ¡Canastos! En cuanto me case me echaré coche, me echaré caballos, me echaré palco en la Ópera, me echaré todo lo nacido y algo más.... (Saca la mano para versi llueve.) Sigue lloviendo. Pues ahora aprieta más... Bonita posicion la mia.... Hème aquí esperando á que

pase la lluvia, cuando me espera un porvenir de coche, de carretela, y de botas de montar. Si á lo ménos hubiera traido los chanclos.... Y se hace tarde. ¡Doña Ramona se va á incomodar. (Saca la mano otra vez.) ¡Huy! La cosa vá de veras.—¡Animal! ¡No vé Vd. dónde pisa?
 —Si se viera con los ojos de gallo....—Esos son los que Vd. me ha destartelado.—Amiguito, cuando uno vá á escape.... y poquito que llueve, para andar uno en cumplimientos.

(*Don Gerónimo continúa monologuando.*)—¿Qué haré? Esto no lleva trazas de cesar.... El tiempo pasa, y yo pierdo el tiempo.... Por un paraguas firmaría ahora un pagaré de mil reales para cuando me case.... Yo me decido.... (Vuelve á sacar la mano.) Parece que no llueve tanto.... Doña Ramona me espera.... Seis mil duros de renta me sonrien.... ¡Al agua, patos! Me subiré el cuello de la levita.... Tambien me remangaré los pantalones... ¡Ajajá! Ahora cubramos el sombrero con el pañolito de las narices.... Iré despacio, porque si voy deprisa, aprovecharé la gota que cae aquí y la que cae más allá... (En este estado se lanza á la calle. Doña Ramona está en el balcon con otro.... Le vé, y se echa á reir. Aquella risa decidió del porvenir de D. Gerónimo. Los seis mil duros de renta fueron para el que estaba con ella en el balcon.)

IV.

En un estudio de pintor.

—Estamos en grande.
 —Ya lo creo, como que ha venido Zorrilla.
 —Hablo del tiempo.
 —Pues está bueno el tiempo. No hay luz, y hétenos aquí con los brazos cruzados.
 —¿Pero no hueles á Exposicion?

—¿Eh?
 —Esta lluvia temprana. ¿no te dice que está cercano el dia de la Exposicion y de la medalla con cuatro mil duros?
 —¿Qué harías tú si te llevases el primer premio?
 —Casarme con mi adorada Julieta. ¿Y tú?
 —¿Yo? Comprarme un gabán.

V.

En una casa particular.

—Esto no puede continuar así.... Encantadora Clotilde, acabemos de una vez.
 —Eso es precisamente lo que deseo.
 —Pero, mujer sin entrañas, ¿no me has dado este verano pruebas inequívocas de tu cariño?
 —Sí señor, pero era verano....
 —¡Ah! segun eso, tú amas por temporadas....
 —Hombre de Dios, ¿qué le anuncia á Vd. esa lluvia?
 —Que llueve.
 —¿Y por qué llueve?
 —Porque cae agua.
 —¿Y por qué cae agua?
 —¡Mujer, pregúntaselo á las nubes ó á Dios!
 —Yo se lo pregunto á mi corazon, y él me responde la verdad.
 —Sepamos qué te dice el corazon:
 —Pues oye. El corazon me dice, que tú no tienes más que veinte mil reales de sueldo, y que no podrás abonarme á palco, ni tenerme abrigada como es conveniente, en una estacion tan rigurosa como la que empieza.
 —¡No prosigas!
 —En una palabra, que tú puedes ser mi amante en

verano, pero que en invierno nos separa el temporal.

—¡Adios, ingrata! ¡Pérfida!

*¡Sirena engañadora,
huye de mí!*

—¡Volverás, Enrique?

—¡Cuándo?

—Allá..... para la primavera.

VI.

Contraste.

Una señora (dentro del coche).—¡Qué deliciosa lluvia! ¡De buena gana me detendría aquí para gozar de esta bella perspectiva!.... ¡Ah, ya viene el buen tiempo!.... ¡Se abren los salones, comienzan los bailes!.... ¡Tengo grandes esperanzas de felicidad!

Un trabajador (arrimado a los escombros de una casa en construccion).—Con esta lluvia pierdo medio dia de jornal..... Y mis hijos están sin ropa..... ¡Se me van á morir de frio! ¡Me parece que este invierno la entrego!

Luis Rivera.

CABOS SUELTOS.

Don Pantaleon era un hombre que frisaba en los cincuenta.

Vestia con cierta coqueteria, y gastaba una bellissima peluca negra, peinada con admirable igualdad.

Jamás ojo alguno pudo sorprender en la peluca de don Pantaleon un pelo fuera de su asiento.

Un dia se hablaba delante de él de aventuras amorosas.

Y le dijo uno:

—¿Y Vd. no cuenta algun lance amoroso, Sr. D. Pantaleon?

—Amigo mio, yo soy reservado.

—Eso quiere decir, añadió otro, que D. Pantaleon está ya en la reserva.

Tengo un amigo casado, que hace versos y se llama Joaquin.

Los versos de Joaquin son pocos, pero malitos; sin embargo, á su mujer la gustan mucho.

El otro dia la pregunté á su esposa:

—Dígame Vd., señora, ¿qué poetas le gustan á usted más.

Y me contestó con toda el alma:

—Homero, Zorrilla y mi Joaquin.

Al salir del teatro de la Zarzuela, la noche del miércoles, un hombre gordo pisó el vestido de una señora.

—¡Jesús, qué hombres!

—Señora, si parece Vd. una estrella con rabo.

—Y Vd. la osa mayor.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que más sorprende á usted en Madrid, preguntaba un amigo mio á un provinciano?

—Lo que más me sorprende de todo, respondió este, es la blancura de las mujeres. ¡Mire Vd. que es cosa muy particular eso de que todas han de ser blancas! ¿Es que en Madrid no se crían ya morenas?

—Si señor, pero hace tiempo que está en moda el color blanco.

—¿Es que á Vds. no les gusta más que lo blanco?

—Al contrario.

—Entonces ¿para quién se pintan las mujeres?

—¡No se ha podido averiguar todavía!

Es general la opinion de que el techo pintado por nuestro amigo Plá para el teatro de la Zarzuela, es una obra de gran mérito que hace honor al artista que la ha concebido.

Hasta hay quien asegura que le ha oído elogiar al señor Castellanos, autor del techo que habia anteriormente, y sobre el cual se ha tendido el lienzo del nuevo como un manto fúnebre.

Una de las cosas que más llaman la atencion en el techo nuevo, es el capricho que ha tenido el artista de presentar á Lope de Vega y Calderon asomados á la balustrada que forma el zócalo, y señalando á la escena.

Parece que quieren decir:—¡Huyamos!

Refiriéndose á tres comedias arregladas del francés que van á representarse en un teatro de Madrid, dijo *El Cascabel*:

«Prevenimos desde luego al público contra las dos primeras, en las que los protagonistas son dos maridos... ya me entienden Vds.»

Y añade luego:

«El público español no es como el público francés, y lo que allí se aplaude, aquí se suele silbar.»

Esto es lo mismo que decir al público: «Cuando esas comedias (cuyos nombres cita tambien *El Cascabel*) se representen, silben Vds. sin compasion.»

Eso se llama juzgar una obra antes de representarse.

¿Qué diría *El Cascabel* si mañana hicieran con él lo mismo?

¿Que le plagiaban?

Como era de esperar, *Las Bodas de Camacho* han producido al Circo una indigestion que le ha ocasionado la muerte.

¡Y habrá todavía quien se atreva á sostener que *Manos blancas no ofenden!*

Una vez te ví en la calle,
en el teatro otra vez,
otra vez te ví en el suelo
y no te pude coger.

Algunos amigos nuestros, que lo son tambien del señor Isern y del arquitecto que ha construido por orden de dicho señor la casa núm. 16 de la Carrera de San Gerónimo, nos preguntan si tenemos empeño en inquietar á estos señores poniendo en ridiculo su obra.

Declaramos sinceramente que no, y así se desprende de los mismos sueltos que hemos publicado anteriormente sobre el asunto. Sin la inoportunidad de *El Cascabel* al querernos imponer su opinion, no hubiéramos vuelto á ocuparnos de la tal casa; y hoy que este periódico confiesa que ni el arquitecto ni el dueño tienen nada que ver con el comunicado á que hizo referencia, damos por concluida la cuestion, asegurando que á pesar de que la fachada del edificio no es de nuestro gusto, aplaudimos la esplendidez y magnificencia que el Sr. Isern ha desplegado en su establecimiento, que será sin duda uno de los más notables de la córte.

Dícese que para la representacion en el Principe del popular drama *D. Juan Tenorio*, que debe verificarse el día de difuntos, se estrenará un prólogo escrito expresamente por Zorrilla.

¡Dios ponga tiento en sus manos!

Va á aparecer un nuevo periódico titulado *La Hacienda*.

Deseo á esta hacienda una suerte contraria á la que tuvo la mia.

Balada.

—¿Qué tienes, vida mia? ¡De tus ojos
despréndese una lágrima!
¿Tienes celos, dolor? ¡Perdida lloras
acaso la esperanza?

¿Qué puedo hacer para aliviar tu pena?
Dilo, alma de mi alma.

—¡Ay! Yo quisiera un gorro como el gorro
que ayer le vi á Fulana!

Agradecemos como unos caballeros las lisonjeras frases que nos dedica *El Espíritu Público*.

Tambien nos hemos fijado en el conato de suicidio, cuyo relato copia de un diario de Barcelona.

¡Ni una queja contra ciertas ideas estampa nuestro colega!

¿Será el mismo?

Para cuando *El Espíritu Público* se digne incomodarse, con motivo de estos escesos, le recomendamos la siguiente coplilla de las cajas de fósforos:

«Si se envenena un amante
porque haya perdido el seso.....
¿qué tienen que ver con eso
los fósforos de Cascante?»

Parece que por una real orden se ha prohibido la representacion de *La Dama de las Camelias*..... en el teatro.

Se trata de señalar dia para la inauguracion del ferrocarril de Estremadura.

—¡Ya era tiempo!

Pero, ¿será verdad?

Después de cruzar los mares
La Blanca llegó al Ferrol;
por ella en roncos cantares,
hoy olvido mis pesares
que tienen más de un *bemol*.

Yo creía que las nuevas butacas del teatro de la Zarzuela eran suficientemente anchas. Además, el asiento puede levantarse, dejando paso á la jamona más encastillada.

Pero la *Gaceta* opina de distinto modo.

La *Gaceta*.....

En materia de arte no es una autoridad, pero de butacas, sí.

PASATIEMPO.

CHARADAS.

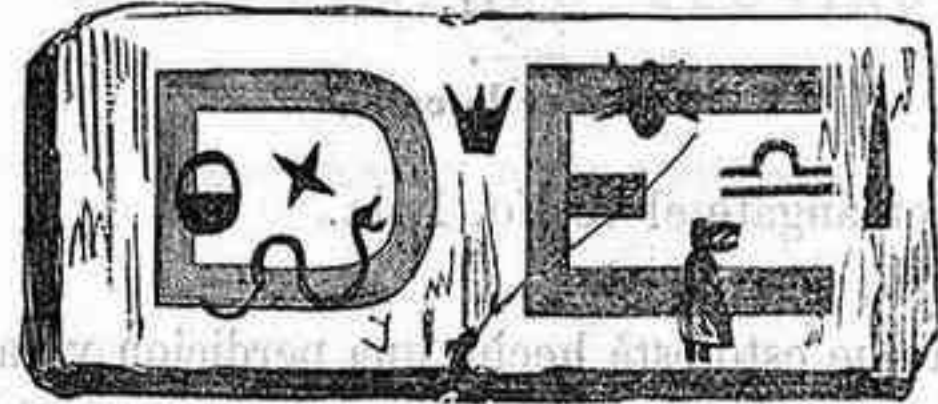
Primera.

De segunda y terciá vino
terciá y segunda en un mulo,
y al ver cual terciá y prima
hacen en la córte muchos,
en un año se hizo el todo.....
—¿Habrá quien le llame burro?

Segunda.

Querida primera y cuarta:
tú que eres segunda y terciá
y la cuarta con segunda
que mis esperanzas llevas;
haz prima, terciá y cuarta
los escrúpulos que tengas
y si eres tan terciá y cuarta
como me dijo tu abuela,
échame terciá y segunda
y no me causes más penas.
Yo te daré de mí todo,
si te gusta, cuanto quieras;
que en ello gasté dos reales
por ser hoy día de fiesta.

GEROGLÍFICO.



(Las soluciones en el número próximo.)

ANUNCIO.

Á LA HUMANIDAD.

Curacion verdadera de los CALLOS, BERRUGAS, SABAÑONES, PANADIZOS y otras dolencias de los piés y manos, en el gabinete del pedicuro Taverner, Carrera de San Gerónimo, núm. 12. Gratis á los pobres.

Para desvanecer la fundada desconfianza del público, aleccionado por una larga série de desengaños, se garantiza la curacion, devolviendo los honorarios á todo el que no quede curado. Además, y como una nueva prueba de la verdad, de entre las muchas personas curadas en esta corte, se exhibirán los nombres y domicilios de algunas, que podrán informar, y cuyo testimonio no será á nadie sospechoso.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.